Congreso Internacional de Exalumnas FMA "No nos dejemos robar la esperanza”

Roma, 27 de mayo de 2025

Sor María Troncatti, madre, misionera, artesana de paz y reconciliación.

En las raíces de su fe

Sucúa, Ecuador, 1965. En una postal dirigida a su hermana Catterina, sor María Troncatti, que entonces tenía 82 años, 43 años de vida misionera, escribe:! "Mira lo bien que estoy... Siempre estoy más feliz de ser misionera". Futura nueva santa de la Familia Salesiana, primera FMA después de Santa María Mazzarello, la Cofundadora es una misionera feliz, una mujer "firme en la fe", una "Madre, misionera, artesana de paz y de reconciliación".

La fe de Sor María Troncatti tiene sus raíces en su familia y en la parroquia de Corteno, ciudad de Val Camonica, en la provincia de Brescia, donde nació el 16 de febrero de 1883 y vivió hasta los 21 años. María se acercó a la Eucaristía a la edad de seis años, porque su maestra, Margherita Buila, creyéndola capaz de "saber y pensar a quién iba a recibir", la admitió a la Primera Comunión. Desde entonces, siempre que puede, va a misa e incluso en la selva se la ve durante largas horas rezando frente al sagrario. A la edad de diez años, se perdió en las montañas, mientras cuidaba el rebaño de cabras de la familia. Su padre la busca, pero no la encuentra. Cae la noche y es imposible continuar la búsqueda. No es hasta el día siguiente donde María es encontrada. Papá Giacomo le pregunta: "¿Tenías miedo?" Él responde: "No. Todavía tenía en mi corazón la gracia de mi comunión el domingo. Y no tuve miedo: el Señor me guardó. Cuando me di cuenta de que estaba perdida y ya no podía ver nada, me recosté aquí; dije mis oraciones, y dejé que mi Ángel de la Guarda buscara las cabras.”

En Corteno, las Hijas de María Auxiliadora y los Salesianos no están. María estaba fascinada por las historias de los misioneros que leía en el Boletín Salesiano, que la maestra Margherita le propuso como lectura complementaria en el año en que se preparaba en privado para el examen de quinto grado. Viviendo la experiencia de la vida parroquial, de la Asociación de las Hijas de María, madura la vocación consagrada misionera salesiana. Tuvo que esperar hasta llegar a la mayoría de edad para lograrlo, porque su padre le negó el permiso. En el camino de la santidad, la espera es siempre un tiempo de gestación. De estas fases, habrá otras en su vida como Hermana María. Finalmente entrando en el Instituto, en Nizza Monferrato (Asti), se encuentra frente a una realidad totalmente nueva, en la que se siente perdida. La crisis se supera gracias a una carta del párroco que le recuerda la valentía mostrada en la hora de la separación.

Durante el noviciado, Sor María mostró problemas de salud. Los Superiores cuestionan la posibilidad de que pueda continuar.

Pocos meses después de su primera profesión, en 1909, cayó gravemente enferma y fue trasladada a la enfermería de Nizza Monferrato, recibiendo la visita de don Rúa. Una hermana cuenta: "Él la invitó a rezar tres Avemarías con él, le dio la bendición de María Auxiliadora y luego le dijo que si tenía fe, se levantaría inmediatamente y iría a la capilla a dar gracias al Señor. Don Rúa añadió que viviría hasta la vejez y que le iría muy bien. Cura prodigiosamente. En 1915, en Varazze (Savona), durante la terrible

inundación del 25 de junio, Sor María se salvó de milagro: "María Auxiliadora, te prometo que si me salvas de esta inundación iré como misionera. Te lo prometo, pero también salva a Giacomino (su hermano estaba en guerra y se salvó).

Preparación para la misión

Antes de realizar su sueño misionero, Sor María tuvo que esperar varios años, durante los cuales se formó asistiendo a un curso especial para enfermeras y enfermeros de la Cruz Roja organizado por el Ayuntamiento de Varazze "para ayudar a los heridos en caso de guerra". El cuidado de los enfermos y luego de las niñas y jóvenes refugiadas de la guerra en la Ópera " Protección de la joven " de Génova la ayudaron a desarrollar esa atención, comprensión, bondad y paciencia y, sobre todo, dedicación incondicional que caracterizarían a la "Madrecita buena"".

En 1919, regresó a Nizza Monferrato como enfermera. En 1922, mientras asistía a la interna Marina Luzzi, que ya se estaba muriendo, le pidió: "Marina, en cuanto veas a Nuestra Señora, dile que me obtenga de Jesús ir a ser misionera entre los leprosos". Marina responde: "No, hermana María, usted irá como misionera al Ecuador. Sor María insistió: "Entre los leprosos...": Y Marina, antes de cerrar los ojos para siempre, repite: "Irás al Ecuador". Pocos días después de la muerte de la niña, la Superiora General, la Madre Caterina Daghero, le informó que iría como misionera al Ecuador. Llegará allí a principios de diciembre de 1922. Desde entonces no volvió a Italia.

Aún transcurrieron casi tres años entre su llegada a Ecuador y su "lanzamiento a la selva", tiempo suficiente para darse a conocer. En Chunchi, Sor María montó un botiquín (una pequeña clínica) y tanto los indios como los blancos empezaron a llamarla inmediatamente "la madre física" (= doctora). Sigue siendo ante todo una misionera del Evangelio: para ella la expresión más verdadera de la caridad consiste en acercar los espíritus a la Verdad. Al cuidar de los "muchos enfermos y moribundos, pobres [...] que piden ayuda y consuelo", busca siempre la verdadera curación, la del espíritu.

En el viaje a Macas, en noviembre de 1925, la expedición misionera con Sor María llegó a pie a Méndez, donde se vio obligada a detenerse. Durante un tiroteo entre familias enemigas, una adolescente hija de un jefe shuar recibe un disparo. Después de cuatro días, la bala todavía está alojada en el estómago; Los hechiceros no habían podido hacer nada. Los jefes Shuar, al enterarse de que había una "doctora" entre los miembros de la expedición, fueron a ver a la hermana María y le dijeron: "Si la salvas, te estimaremos, pero si muere te mataremos", haciéndole entender que el mismo destino estará reservado para los demás. El obispo salesiano monseñor Domenico Comin la animaba: "por favor, proceda a operar". "¿Con qué herramientas?", objeta Sor María. La Provincial, Madre Carolina Mioletti, insiste: "Todos rezaremos mientras trabajáis". Sor María se anima, usa lo poco que tiene y toda su fe. Mientras algunos de los misioneros van a orar, otros la ayudan. En presencia de toda la tribu que observa, Sor María, pronunciando "Auxilium Christianorum", corta con decisión y la bala sale disparada como si fuera empujada desde adentro. Se gana así la estima de los Shuar, que dejan el camino abierto para ella y los demás miembros de la expedición.

Los Shuar

Los Shuar son una etnia concentrada en una pequeña zona del Ecuador, atravesada longitudinalmente por la cadena del Cutucu, accidentada y densa de bosques, que con sus más de 2000 m. de altitud se ha constituido a lo largo de la historia, porque los nativos se asentaron en sus laderas orientales, defensa natural de la colonización de los "blancos"; mientras que éstos se asentaron en la parte occidental, en el valle del Upano y Paute, así como en el noroeste en el valle del Río Zamora.

Es precisamente en esta zona más cercana al frente de colonización, una zona comúnmente conocida como la zona de los shuar fronterizos, donde se desarrolló la primera fase de la acción misionera de la Iglesia en el siglo pasado, y más recientemente a través de la obra de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora. En el extremo nororiental, en el amplio valle del río Pastaza, la población Shuar limita con las tribus Achuar, con las que a menudo se la ha confundido indebidamente, también debido a una cierto parecido del nombre, mientras que los caracteres de las dos poblaciones son claramente diferentes.

Lo Achuar -tribus muy primitivas- constituyen una etnia de unos 500 individuos muy temida por las poblaciones vecinas por la ferocidad de sus tradiciones de venganza y despiadadas guerras internas. Estas características que, sumadas a la conformación del suelo, contribuyeron a determinar un aislamiento que se prolongó hasta mediados del siglo XX.

En 1958 un misionero salesiano, don Luigi Casiraghi, fue enviado al corazón del bosque para fundar la misión de Taisha, a una semana de camino de la sede de Sevilla Don Bosco, que sin embargo resultó ser la "más cercana". Su ya difícil vida en un lugar inaccesible y aislado conoce momentos de riesgo mortal: la base misionera se encuentra en un punto crucial de la frontera entre tribus enemigas de Shuar y Achuar, y el misionero no puede acercarse a una de forma amistosa sin ser sospechoso de hostilidad hacia la otra, lo que equivale a una declaración de guerra. Decidido a luchar por la Causa de Dios y por el da mihi animas salesiano, el misionero regresó sin embargo al año siguiente y en 1960 pudo contar con la ayuda de un joven sacerdote, el padre Luigi Bolla, que tuvo que emprender, incluso en medio de riesgos de todo tipo, una obra de capilaridad para que la Palabra de Dios llegara también a esas tribus. Sabemos que en octubre de 1960 la incipiente misión Taisha, que ya contaba con un pequeño internado, recibió la primera interna Achuara, llamada Ashanga.

Sor María Troncatti también pudo contribuir desde Sucúa, en el contexto de su actividad, a abrir el camino para la pacificación y, ya antes, la confianza de los beligerantes Achuar. El P. Bolla llegó un día al hospital de Sucúa -con un vuelo desde Pastaza en sólo veinticinco minutos- trayendo a una niña Achuar gravemente enferma: tenía fiebre de amebas y estaba agotada por una anemia muy grave.

La niña enferma es confiada a Sor María, quien naturalmente la recibe con los brazos abiertos y hace todo lo posible para salvarla de la muerte; mientras tanto, temiendo un final inminente, la hizo bautizar. Y ahora multiplica sus oraciones, consciente de lo que significa tener a un miembro del pueblo Achuar en el hospital en medio de shuar y blancos que ya son cristianos: más allá del valor de la vida, un "desafío" con repercusiones incalculables a nivel de las relaciones humanas (y "diplomáticas") con su pueblo.

La niña finalmente reacciona a las terapias y se recupera; después de la debida convalecencia, puede partir en vuelo hacia Taisha y su chivaria. El padre, y con él todo el clan, reconocieron la validez del experimento y confirmaron su confianza en el misionero, para que las relaciones mutuas tomaran un nuevo rumbo a partir de ese momento...

Los que esperan siembran esperanza...

Es imposible ofrecer una visión completa de los 86 años de vida de Sor María, pero después de trazar estas líneas esenciales, me detendré en algunos aspectos, que revelan una capacidad heroica de esperanza. Si queréis saber más, os remito a los materiales disponibles en el sitio web del Instituto y, en particular, al itinerario mensual de preparación a su canonización.

Cuando Sor María llegó a la selva, a Macas, en 1925, ya tenía 46 años.

Con ella estaban sor Domenica Barale y sor Carlota Nieto, entonces novicia. La misión de las Hijas de María Auxiliadora está en sus inicios. Más que "fundar" se trata de "encontrar": encontrar formas de acercarse a los nativos, medios para ayudarlos y elevarlos; comida y medidas para sobrevivir, y sobre todo una forma de sostenerse, incluso psicológicamente, al ritmo de una comunidad mínima, perdida en un bosque interminable, necesariamente en busca de orientación y de su propio "modus vivendi" conveniente.

Sor Domenica Barale cuenta: "Los primeros años de la misión transcurrieron con estudiantes sin entusiasmo por el estudio; coros jóvenes del oratorio sin interés en la formación, acostumbrados sólo a trabajar en el campo, sin cultura alguna, incapaces incluso de conversar; y todo se reducía a un sí o a un no, y daban señales de no entender. La gracia de Dios comenzó a obrar en mí y en ellos en una acción formativa, socializadora y cristiana. Sentí mucha fuerza que me venía de Dios; Lo sentí cerca y sentí que Nuestra Señora me ayudaba en todo [...].

Este fue nuestro trabajo entre la gente de Macas, pero el Señor también nos mandó flores del bosque, niñas, adolescentes y jóvenes, para que pudiéramos formar un pequeño internado, como se hizo. A partir de entonces, nuestros destinatarios fueron los colonos y las adolescentes shuar [...]Esto nos permitió tener una cierta relación también con los padres de las niñas de la selva, a los que visitábamos todos los domingos, junto con el sacerdote, para la catequesis; y con la ayuda de Dios se vencieron muchas dificultades."

En 1954, Sor María asumió la dirección del hospital de mampostería Pío XII en Sucúa y necesariamente frenó la actividad itinerante. Mientras tanto, se han establecido algunos centros donde se capacita a los catequistas para apoyar y continuar el trabajo de los misioneros, preparando a niños y adultos para los sacramentos. Por lo tanto, decide enviar a cada centro a alguien que pueda ofrecer atención médica e impartir los primeros rudimentos de higiene personal y alimentaria. Así comenzó el proyecto de formación del personal de enfermería, para ayudar a "salvar almas" a través del tratamiento de dolencias físicas y la promoción de las personas en la conciencia de su dignidad.

El salesiano P. Shutka cuenta: "Me dio un pequeño botiquín de primeros auxilios portátil, que ella había cosido con una tela impermeable, atado con un lazo [...] atado de arriba abajo con una banda elástica que contenía una gran cantidad de frascos, llenos de medicamentos. Sacó uno y leyó el nombre del medicamento y el diagnóstico, porque cada frasco tenía las instrucciones necesarias: aspirina, ecc. [...]. «Cuando viajes —me dijo—, llévalo siempre contigo, no pesa mucho; Y cuando se te termine la medicina, tráelo para llenarlo con más medicamento". ¡Cómo me ha impresionado este gesto de delicadeza de la buena madre, hacia los que sufren y no pueden llegar al hospital Pío XII! Cuántas veces he vuelto con los tarros vacíos y ella, siempre amable y risueña, los ha llenado [...]. ¡Y cuántas personas han recibido y sentido el amor de la Madre María a través de este sencillo medio!"

Con María Auxiliadora, con la ayuda de todos, para todos

Sor María aprovechó la ayuda de todos: la acompañaron niñas y mujeres de la zona. Hoy diríamos que sabe colaborar con los laicos. Algunos nombres entre muchos: la señorita Mercedes Navarrete que se pone a disposición del pueblo Shuar como intérprete, en la escuela de canto y hasta en las actividades domésticas.

Olimpia Polo cuenta: "Solía acompañar a la hermana María en sus viajes al kivari. Por lo general, íbamos al otro lado del Upano. Cuando llegamos, algunos shuar se escondieron, otros aparecieron, aunque siempre con cierta desconfianza. En más de una ocasión nos

sorprendió la noche y aunque siempre caminábamos con mucha precaución para evitar serpientes y otros animales, Sor María rezaba el santo rosario. Tan pronto como amaneció, la hermana María invitó a los shuar a acercarse y les dió ropa, medicinas, etc., y a comenzar las clases de catecismo de inmediato. Con este sistema, los shuar poco a poco fueron entrando y se fueron acercando. A través de la atención a los cuerpos, pudo llegar al alma. Esto se confirma por el aumento significativo en el número de hijos internos; En mi época llegaron a unos 60."

La señora Modesta afirma: "La he acompañado en muchas ocasiones a lugares lejanos y difíciles, a través de la selva, teniendo que pasar por el caùdaloso Upano. Nunca lo he visto con miedo, ni con vacilación... incluso en los momentos más difíciles. Cuando llegaba a las casas de los Shuar, les decía: "Ven, acércate con confianza; Los misioneros, los misioneros, ya estamos aquí... Estamos aquí para servirte".

Decía a los que iba a visitar: "Vengo para quedarme con vosotros. Aquí: yo me encargaré de todo lo que necesites, tanto por el bien del cuerpo como por el bien del alma". Y así lo hizo. [...] Bastaba con decírselo, y ella corría al lado de la cama de cualquier enfermo".

De viaje, Sor María nunca descuidó el santo rosario. Recurría a María Santísima para estudiar los casos que se le presentaban, para cuidar y administrar medicinas. Repitió: "Yo doy medicinas, pero la que cura es la Virgen", palabras que son ecos de las de Don Bosco: "Es la Virgen la que lo hizo todo".

"Os curaré con remedios, pero el verdadero cuidado lo dará María Auxiliadora. Aquí está la oración. Reza a Ella todos los días."

En la persona de Sor María había algo especial que la atraía: su bondad, su sencillez, su humildad, su dedicación y sobre todo su caridad. Nadie se acercaba a ella sin sentirse mejor y para ella no había nada que diferenciara a los seres humanos entre sí, porque para ella todos eran hermanos, hijos del mismo Dios Padre; por lo tanto, trataba a todos por igual, ya fueran blancos o shuar, ricos o pobres".

Las leyes de la Selva

Sor María choca con el imperativo absoluto de la venganza y el infanticidio que eran ley para los Shuar de aquellos tiempos. En su cultura, la vida tiene un propósito principal en poder consumir venganza. Incluso la educación de los hijos se propone como ideal supremo convertirse en buenos guerreros y hábiles cazadores. Desde temprana edad, se impartió una verdadera educación en la venganza, a través de una escuela de odio. Al comienzo de cada día, el padre de familia, sentado solemnemente en el kutangka, o taburete principal, dice: "Tengo hijos que saben vengarse, este es el mayor de sus deberes".Por lo tanto, sembrar el terror a su alrededor, preparar al hijo para vengar a su padre y a sus antepasados, era una cuestión de honor. Por el contrario, el hijo que no vengaba a su padre era considerado un cobarde. Vengar a un pariente asesinado es para el kivaro un deber "sagrado", religioso, para apaciguar la ira y las malas reacciones de su espíritu errante sin descanso.

Por esta razón, se podía decir que "el estado de guerra entre los Kivaros es un estado normal": siempre y en cada familia había alguna venganza que consumar.

Todos los males físicos y todos los acontecimientos adversos se atribuyen al efecto de maldiciones operadas por enemigos desconocidos. Esto explica el continuo recurso a los brujos (cada tribu tiene su propio brujo). Cuando el hechicero es incapaz de "curar", es condenado a pagar con su vida. Por lo tanto, a menudo, el hechicero se niega a intervenir con pacientes gravemente enfermos, sabiendo ya que sus ritos inútiles lo expondrían a una sentencia de muerte por parte de la familia y la tribu del difunto.

Esto también explica la costumbre de matar al recién nacido deforme, ya que es "inútil" (Yojochi), y no responderá al ideal de fuerza física ni siquiera será autosuficiente. Así, a menudo es el propio padre quien lo elimina lanzándolo contra las piedras del lecho de un río. La misma suerte se reserva para los recién nacidos no deseados, como los adulterinos y los hijos de madres solteras, cuando no es la propia niña la que es expulsada de la casa tan pronto como se anuncia su embarazo.

En el umbral del botiquín, Sor María recibe a las víctimas de envenenamiento, a los heridos, a las niñas y adolescentes que han huido de una chivaria donde las familias se pelean, a las mujeres golpeadas con hachas por maridos violentos o borrachos... Y luego los pequeños no deseados, los recién nacidos huérfanos por el envenenamiento de su madre. A estos "pequeños del Reino" les dirige el amor de predilección. Cuántos "rescates" operó Sor María, con la colaboración de buenos colonos y también de madres jóvenes que ya habían sido catequizadas, es difícil de establecer, pero muchos, años después, se manifestaron como "parientes de Sor María"".

El salesiano don Giovanni Vigna, que tenía nociones de medicina, recuerda con admiración a Sor María y su "obstinado" cuidado en el tratamiento de casos desesperados basados en remedios improvisados y en la oración, con una confianza "ilimitada" en Dios. Y la describe como "haciendo 'negocios' y 'comprando' criaturas no aceptadas en las familias kivare, o destinadas a morir, porque el hechicero no podía curarlas; por ellos Sor Troncatti no escatimó oración, dedicación y todos los remedios.

"Uno de los mayores riesgos fue tener que salvar de la muerte a tantos niños del grupo Shuar. Si había una preferencia que podíamos atribuir a Sor María, era el amor que sentía por estas criaturas".

Educadora salesiana innata

En las Constituciones que Sor María tenía en su mano (y también en las nuestras), se dice que para una Hija de María Auxiliadora la tarea educativa es una "finalidad secundaria y especial", después de la primera que consiste en su propia santificación. Es decir, se trata de "ayudar a la salud del prójimo, dando a las niñas del pueblo una educación cristiana. [...]formándolas en la piedad, haciéndolos buenos cristianos y capaces de ganarse honestamente el pan para la vida".

Sor María fue una educadora con su forma específica de ser, con su carácter fuerte y tenaz. Leemos en el Summarium: "Su genio la hizo dueña de sí misma, enérgica y trabajadora; por lo tanto, si el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas la impulsaba a una intransigencia rápida y resuelta, siempre fue mitigada por su bondad radical e invencible de alma, su bondad amorosa, su delicada sensibilidad afectiva. Hay algunos textos que la reconocen como "exigente" y "severa", pero siempre sonriente y tranquila, como quien sabe que lo que pide es por el bien del otro y no por su propio interés".

Para Sor María, la educación y la evangelización van de la mano, admirablemente integradas en su incansable servicio como enfermera. Sor María no oculta ni siquiera a los suyos las dificultades y sufrimientos del duro trabajo de proclamar el Evangelio entre los Shuar, en la selva.

En 1930, en una carta que acompañaba a una foto con "todos los indios cristianos", anunció que se había celebrado por primera vez una boda cristiana en la selva. Esto significa que los novios, ambos de etnia Shuar, habían hecho una elección libre, no sujeta a la determinación de los miembros de la familia. Es una de las expresiones de compromiso más importantes. El padre salesiano Antonio Guerriero, misionero y erudito, no duda en afirmar que: "La acción de Sor María salvó la existencia de la etnia Shuar, de

las consecuencias de las leyes atávicas, de las luchas fratricidas, del asesinato de niños deformes, de las frecuentes enfermedades contagiosas de la viruela".

Ve providencial la intervención cualificada de Sor María y de la comunidad religiosa de las FMA en un ámbito, el de la población femenina, en el que, debido a las situaciones ambientales y sobre todo a la mentalidad tradicional relativa al papel de la mujer en la sociedad Shuar, muy poco podría haber sido realizado por los misioneros sin la presencia de religiosas. De hecho, durante varias décadas, ¡ahora casi un siglo! - trabajaron "con verdadero heroísmo" entre los nativos para la educación de las jóvenes y la formación de familias cristianas: la "nueva familia Shuar" de la que habla el P. Vigna: "Las madres misioneras, sin ostentación de calificaciones académicas o especiales, captaban estas cualidades humanas naturales y las valoraban; ellas también eran mujeres y, sobre todo, lo que tenían en común, esforzándose por romper lo negativo, se dedicaron a dar forma a la nueva mujer Shuar, coherente con su dignidad y sus derechos en la convivencia humana y responsable de sus deberes como ciudadana y cristiana. No hay duda de que lo han logrado: basta con mirar lo que son hoy en 1977 en las selvas amazónicas los pueblos Shuar, formados exclusivamente por familias Shuar,... Ellos dieron forma a la nueva familia Shuar, fundada en el amor mutuo, la tolerancia, la paciencia y la expectativa, y sobre todo, en el santo temor de Dios".

Y de nuevo: "Es hermoso recordar, casi cincuenta años después, el estilo educativo de las internas y la preparación para las responsabilidades de la vida y el matrimonio de las mayores, que nuestras misioneras utilizaban en aquella época. [...] Yo, que he vivido 23 años en contacto con ellas y que he tenido que enfrentarme repetidamente a la observación de hechos que excedían las posibilidades humanas, puedo afirmar que hoy, después de tantas décadas, me parece lógico concluir que Dios ha actuado en ellas, con ellos y para ellos".

Da mihi animas cetera tolle

Llevar a Dios a las almas era el mayor deseo de Sor María. Por eso, su actividad evangelizadora y educativa no conoce descanso: los bautismos y matrimonios cristianos, la Eucaristía y la reconciliación son las piedras angulares de su obra misionera. Bautizos, primeras comuniones, catequesis y preparación a los sacramentos para niños y adultos, en un ritmo creciente de dedicación y caridad evangelizadora. Decía: "Esforcémonos por evangelizar bien y con claridad; después de la evangelización vendrá la civilización". Para ella, el anuncio y la promoción iban de la mano: para ella, la cumbre de la realización de la persona y de su dignidad está en el Evangelio vivido.

Después de todo, el Padre Guerrero afirma que Sor María ayudó a evitar la extinción de los Shuar gracias a su compromiso con la vida. Pero también tenía el mismo coraje hacia los colonos. Son muchos los casos en los que el cansancio de un largo día se suma a los viajes y vados en horas de la tarde· o por la noche, para llegar a los enfermos para ser curados o moribundos para ser preparados a los sacramentos. A cualquier hora que fuera llamada ella respondía:"Debemos apresurarnos a ayudar a esta alma a morir bien". Con la esperanza del Cielo todo se vuelve aceptable; de hecho, precioso: "para Sor María eso era un paraíso, siempre y cuando lograra salvar el alma del pobre Kivaro".

Desde Macas, en 1927, escribe a la Superiora General: "Fruto de grandes sacrificios, hemos podido reunir a siete pequeños Jivaretti que, si Dios quiere, tendremos el consuelo de ver regenerados con el Santo Bautismo en la inminente visita de Su Excelencia Mons. Comin, que pronto llegará a la Misión".

Sor María no hizo distinciones y reservó el mismo cuidado para cada uno. El perdón, entonces, era el propósito de su presencia. En los momentos más difíciles, cuando la violencia también golpea la misión, permanece en la iglesia, al pie del tabernáculo

rezando y suplicando por los agresores y los agredidos. Y cuando alguien, incluso de los salesianos, usa expresiones demasiado ardientes, lo exhorta: "Usted debe ser un sacerdote bueno y santo... Debe perdonar a todos los que nos persiguen". También aconseja pacientemente a las mujeres que acuden para ser curadas por las palizas de un marido enfadado o adicto al alcohol, para que no cultiven rencor hacia él.

La oferta final

El antropólogo Michael Harner, The Shuar: People of the Sacred Falls afirma que este grupo étnico acostumbrado a la tierra "libre", tuvo dificultades para aceptar el concepto de propiedad limitada de la tierra, también porque estaban acostumbrados a vivir de la caza, la pesca y algunas actividades de recolección. Así, mientras que para los "blancos", especialmente en las áreas administradas por la misión en el valle del Upano, las tierras indígenas parecen no ser explotadas, desde el punto de vista de los shuar esas tierras están sobreexplotadas en términos de caza.

Así, mientras los shuar piensan que sufren por la falta de una imprenta adecuada, los "blancos" piensan que los nativos no están utilizando toda la tierra disponible para ellos. ¡Esta cultura de la diferencia! La comunicación básica y la resolución de disputas entre los dos grupos es extremadamente difícil.

Artesana de paz y de reconciliación, sor María, como hemos visto, defendió la dignidad de la vida y de la persona. Su acción, junto con la de muchos misioneros, despertó reacciones. Como todo discípulo del Señor crucificado y resucitado, aceptó la lógica mesiánica: "Bienaventurados seréis cuando os insulten, os persigan y digan falsamente todo tipo de mal contra vosotros por causa de mí. Alegraos, porque grande es vuestra recompensa en el cielo" (Mt 5,3-12).

Para promover el avance social de los Shuar, los misioneros salesianos lanzaron una serie de iniciativas destinadas a fomentar el establecimiento de agrupaciones estables y la fundación de cooperativas de ayuda mutua, hasta llegar a la aprobación de los estatutos de la *Federación provincial de Centros shuar*: 70 Centros forman parte de ella, con más de 13.000 miembros. Para 1967 ya eran 8 los centros anexos (o caseríos) en Sucúa a los que se llegó gracias a la obra de la misión.

"Estaba preocupada por su organización [de los Shuar], la Federación, seguía a los líderes en sus movimientos y quería estar informada de los avances".

La Iglesia católica, en particular la congregación salesiana, responsable de las misiones en el valle del río Upano, ha optado generalmente por apoyar a la población indígena, con el resultado de aumentar la hostilidad de una gran parte de los colonos "blancos". La Federación logra éxito y reconocimiento al punto de obtener del gobierno la promesa de garantizar la protección en los territorios de los Shuar.

El padre Gabrielli testifica: "La situación en Sucúa, entre los colonos y los Shuar, era extremadamente tensa, y esto se debía a que había habido un aumento en la presencia de la Federación de Centros Shuar, con un grupo de voluntarios italianos (Operación Mato Grosso)".

Una FMA que vive con Sor María desde 1967 cuenta que el clima se calentó: "especialmente cuando los misioneros de la época comenzaron a darse cuenta de la mala voluntad de los colonos, incitada por algunos agitadores antirreligiosos. Quedamos muy impresionados por sus gritos de "¡Abajo los sacerdotes y las monjas! ¡Que mueran, que mueran!", además de los ruidos impactantes en las paredes de la misión, ruidos que nos impiden conciliar el sueño... La ansiedad y el miedo nos hicieron acudir a Sor María, que nos tranquilizó con su habitual serenidad."

Desde los últimos días de junio hasta el 4 de julio, convocado por el P. Shutka, se llevó a cabo una "semana de estudio sobre el cooperativismo agrícola": una forma de promoción

a la que se inició preliminarmente a toda la población -blanca y Shuar- a través del "Colegio Agronómico", fundado en Sucúa

En la tarde del 4 de julio, un incendio destruyó la misión salesiana. Los salesianos se ven obligados a saltar desde el balcón para salvarse.

Cuando los habitantes de Sucúa la visitaron luego de que se desató el incendio, expresaron sus preocupaciones y angustias por la posible venganza de los Shuar, ella dijo: "Estaré muy feliz de poder ofrecer mi vida para que la paz pueda volver a esta población". Sor María sufre mucho por la situación, reza y siembra serenidad. No quiere hacer ni escuchar hipótesis acusatorias ante amenazas e intimidaciones. Por el contrario, se declara dispuesta a redimir personalmente a cualquier "víctima" de los criminales. Los testimonios afirman que le pidió a la Virgen María que aceptara su ofrecimiento de detener tales amenazas".

Una hermana testifica: "Los Shuar de Sucúa entendieron que la causa del incendio, indirectamente, fueron unos colonos. Se dirigieron a Sor María con sus lanzas y carabinas, indicando que si alguien lo hacía, aunque un solo salesiano la arañara, procederían contra los colonos. Fue entonces cuando Sor María les dirigió estas palabras con rigor y gran autoridad: "Les hemos enseñado a ser caritativos y a perdonar las ofensas. ¡Si realmente me aman, pongan sus armas a mis pies!" Y entonces el que dirigía el grupo gritó y todos depusieron sus armas a los pies de la hermana". Sor María le dijo a esta hermana: "Estos dos grupos étnicos no pueden reconciliarse si, en el medio, no hay una víctima que se ofrezca por ellos. Te pido que me animes, para que pueda ofrecerme como víctima de esta reconciliación". La hermana respondió que no podía darle una respuesta y que debía pedir consejo a su confesor. Sor María, a partir del 5 de agosto de 1969, sintió que su ofrecimiento había sido aceptado. Sor María tiene que partir para los ejercicios espirituales en Quito. Las hermanas recuerdan sus últimas palabras: "Hijas, no tengan miedo por todo lo que ha sucedido; dejémoslo en las manos de Dios y pidamos la conversión de los malhechores. ¡Permanezcan en paz! Recen a la Virgen Auxiliadora y verán que esta ansiedad no durará mucho: ¡muy pronto llegará la tranquilidad y la calma, se los aseguro!". Y lo dijo con mucha seguridad, como si sintiera que iba a morir, porque Dios había aceptado su vida, a cambio de la paz entre los habitantes de Sucúa."

La ofrenda de víctima por la reconciliación entre los shuar y los colonos es solo el sello de una vida dedicada al Evangelio de la paz. Sor María murió en un accidente aéreo el 25 de agosto de 1969, a la edad de 86 años: en su funeral apareció un arco iris, que fue interpretado por los presentes como un anuncio de paz.

N.B. La fuente documental de la que se extraen los hechos y los diversos testimonios es Mendezen, *Canonizationis Servae Dei Sororis Mariae Troncatti religiosae professae in Instituto Filiarum Mariae Auxiliatricis (1883-1969) Summarium*.

Suor Maria Luisa Nicastro
Secretaria General
Instituto Hijas de María Auxiliadora